



Buscar



William I. Robinson
La tercermundialización de la clase trabajadora global

La coyuntura global puede parecer abrumadora, pero una manera de comprender el panorama general es partir de un punto de partida local. Analicemos entre líneas un discurso poco difundido, pronunciado el 8 de julio por la secretaria de Agricultura de Estados Unidos, Brooke Rollins. En respuesta a las preocupaciones de la agroindustria sobre que la campaña de deportación está socavando la oferta laboral y podría provocar escasez de alimentos, Rollins advirtió que las deportaciones masivas continuarán y que “no habrá amnistía en ninguna circunstancia” para los trabajadores agrícolas. «En última instancia, la respuesta a esto es la automatización, y también algunas reformas dentro de la estructura gubernamental actual», dijo. «Y, además, si pensamos en ello, hay 34 millones de adultos sanos en nuestro programa de Medicaid [salud pública]. Hay muchos trabajadores en Estados Unidos».

Existe una lógica subyacente en las recientes acciones estadounidenses: las deportaciones masivas, la guerra arancelaria, el proyecto de ley de presupuesto aprobado por el Congreso, la interferencia en la política interna de Brasil, una nueva ronda de intervención en Oriente Medio, la negociación de un «acuerdo de paz» en el Congo, etc. Todo tiene, en resumen, un propósito común: abordar la crisis del capitalismo global liberando al capital transnacional para que persiga una nueva ronda de expansión depredadora en todo el mundo mediante la digitalización, la apropiación extractivista de recursos, la guerra y la represión, la degradación de las clases trabajadoras y populares, y la reestructuración radical del Estado capitalista hacia formas autoritarias y neofascistas. La crisis de sobreacumulación, el estancamiento crónico y la disminución de la tasa de ganancia solo pueden superarse abriendo violentamente nuevos espacios de acumulación, transfiriendo el costo de la crisis a las clases trabajadoras y populares mediante la compresión salarial y la austeridad, y alineando a los Estados y sistemas políticos de todo el mundo con esta agenda.

Entra en escena el discurso de Rollins: Los trabajadores migrantes transnacionales son vulnerables y susceptibles a la sobreexplotación debido a las fronteras nacionales y a la división de la clase trabajadora globales entre trabajadores ciudadanos e inmigrantes. Los trabajadores inmigrantes en Estados Unidos representan casi el 20 % de la fuerza laboral total. Se concentran en los estratos más bajos de la economía, como la construcción, la agricultura, los recursos naturales, las ocupaciones de mantenimiento, el transporte y los servicios manuales, donde pueden ser sobreexplotados y sobrecontrolados por la clase capitalista transnacional (CCT) en su afán por maximizar la extracción de plusvalía.

El objetivo del estado capitalista bajo el régimen de Trump es imponer también a los trabajadores nativos las condiciones en las que los inmigrantes trabajan arduamente. Esta degradación de la mano de obra nativa solo puede lograrse si la deportación masiva se coordina con la panoplia de ataques contra la clase trabajadora multinacional, desde drásticos recortes en los servicios sociales hasta la represión sindical, la eliminación de las protecciones de salud y pensiones, despido de cientos de miles de funcionarios públicos, el debilitamiento de las leyes laborales, la restricción del acceso a las prestaciones por desempleo, etc.

Los trabajadores nativos se ven obligados por la privación y la inseguridad a aceptar los empleos abandonados por los trabajadores deportados. El proyecto de ley de presupuesto recientemente aprobado resultará en una

reducción de los ingresos del 40% más pobre y en la pérdida de atención médica y asistencia alimentaria para millones de personas. El proyecto de ley recorta drásticamente el gasto en salud pública y, al mismo tiempo, condiciona las prestaciones de salud pública a la obtención de empleo. Como Rollins dejó claro, millones de trabajadores perderán sus prestaciones de salud a menos que estén dispuestos a reemplazar a los trabajadores inmigrantes en la agricultura y otros sectores mal remunerados en condiciones de sobreexplotación.

Economía global de guerra: acumulación militarizada y por represión

Una forma de revertir la caída de la tasa de ganancia es abaratar la mano de obra y degradar las condiciones laborales para aumentar la tasa de explotación. Esto se conoce como expansión de la plusvalía absoluta y explica la reubicación de la producción y los servicios a zonas de bajos salarios durante el último medio siglo de globalización, así como los incesantes ataques a los derechos de los trabajadores y los programas sociales. La otra forma es reemplazar la mano de obra con tecnología mediante la automatización, como menciona Rollins, un proceso que expande la plusvalía relativa, ya que se extrae más valor con menos mano de obra.

Este proceso lleva décadas en marcha y ahora se está potenciando gracias a las tecnologías digitales impulsadas por la IA, lo que ha dado lugar a una rápida expansión mundial del excedente de mano de obra. Las filas de la humanidad excedente, aquellos estructuralmente excluidos y relegados a los márgenes de la existencia, se cuentan ahora por miles de millones a medida que se extiende la desintegración social. Países y regiones enteros se enfrentan al colapso a medida que caudillos, mafias políticas y económicas, organizaciones paramilitares y bandas criminales rivales llenan los vacíos de poder. China produce ahora robots de uso general. La fábrica de Xiaomi, la primera, pero no la única, funciona las 24 horas del día, produciendo para el mercado global un teléfono inteligente por segundo sin emplear a ningún humano. Las nuevas tecnologías basadas en la automatización y la IA, combinadas con el desplazamiento generado por los conflictos, el colapso económico y el cambio climático, están aumentando exponencialmente las filas de la humanidad excedente.

Las industrias digitales, como el comercio electrónico, el software y los servicios de IA, los servicios en la nube, los vehículos autónomos, la ciberseguridad, la robótica, la biotecnología y otras, tienen un interés particular en un aumento de la plusvalía relativa sobre la absoluta. A medida que estas industrias se desplazan hacia el centro mismo de la economía global, las pocas corporaciones que desarrollan y controlan las tecnologías digitales están acumulando un poder sin precedentes sobre los estados, los sistemas políticos, el comercio y las instituciones militares. Los multimillonarios tecnológicos, especialmente de los sectores emergentes dentro del capital tecnológico que están llegando a dominar la vigilancia y el estado policial global, como Palantir y Accenture, están profundamente arraigados en el régimen de Trump, que ha recurrido a Palantir para crear y gestionar un depósito centralizado de datos impulsado por IA, el primer paso hacia una privatización y automatización más radical del propio estado.

Inversionistas transnacionales, desesperados por nuevas oportunidades de inversión, han invertido miles de millones de dólares en empresas tecnológicas y de plataformas como salida para su capital acumulado excedente, inflando los valores y generando múltiples burbujas especulativas. La industria global está infrautilizada. Los mercados están saturados. La automatización, como estrategia para debilitar a la clase trabajadora, también genera agudas contradicciones. Solo el trabajo genera plusvalía. A medida que la masa de mano de obra excedente se expande, también lo hace la masa de capital excedente. Desigualdades globales sin precedentes agravan la crisis de sobreacumulación. Los mercados masivos se contraen y el crecimiento impulsado por el consumo se estanca. Los mercados globales no pueden absorber la producción de la economía global. Los Estados deben gestionar crisis de legitimidad en espiral a medida que el tejido social se desintegra. Una crisis económica de la escala de la de 2008 o superior es prácticamente inevitable.

Cuando llegue el momento, se producirán levantamientos masivos que desestabilizarán aún más los estados y sistemas políticos, y avivarán las llamas del conflicto militar. Las clases dominantes intensificarán la apuesta por el estado policial global y las modalidades de dominación autoritarias y neofascistas. Los gigantes de Silicon Valley, como Palantir y Accenture, se encuentran en el epicentro de un nuevo complejo militar-industrial que implica la fusión de la tecnología con las corporaciones militares tradicionales y las altas finanzas, al emplear la IA y las tecnologías digitales para llevar a cabo la guerra y la represión, desde el genocidio guiado por IA en Palestina hasta la guerra automatizada con drones en Ucrania, la vigilancia biométrica de migrantes y refugiados y las fronteras fortificadas con tecnología.

La democracia y los derechos humanos estorban a la CCT

El estado fascista debe contener la rebelión masiva atacando los derechos civiles y políticos e infundiendo miedo para impedir el desarrollo de sujetos revolucionarios. Incitar el nativismo y el nacionalismo, y criminalizar a inmigrantes y refugiados, es solo una táctica para confundir, dividir y desorganizar a las clases trabajadoras. Toda la economía global se está organizando en torno a lo que he denominado acumulación militarizada y acumulación por represión. El estado policial global cumple una doble función: es un instrumento para vigilar, controlar y reprimir a las clases trabajadoras y populares globales en un momento de creciente lucha de clases. Al mismo tiempo, las guerras, la violencia estatal y los sistemas de control y represión social transnacional, incluyendo el control fronterizo y los regímenes de deportación, se privatizan al capital transnacional y son enormemente rentables. Proporcionan una salida en constante expansión para el capital sobreacumulado.

El mundo se encuentra ahora en un proceso de rápida remilitarización a medida que la economía de guerra y represión se arraiga. El gasto militar mundial alcanzó una cifra sin precedentes de 2,72 billones de dólares en 2024, un aumento de casi el 10 % con respecto al año anterior, el mayor incremento desde el fin de la Guerra Fría, con más de 100 países incrementando su presupuesto militar. El nuevo presupuesto de Trump asigna la asombrosa cantidad de 1 billón de dólares al Pentágono y 170.000 millones de dólares a la seguridad fronteriza y migratoria. Los países de la OTAN se han comprometido a destinar el 5 % de su PIB al ejército, frente al 2 % actual. China, India, Rusia, Oriente Medio, Japón y México, entre otros, han anunciado fuertes aumentos del gasto militar para 2025.

Como mostré en mi libro de 2020, *The Global Police State*^[1], la guerra, la represión, la vigilancia y el control social están entrelazados en todos y cada uno de los circuitos del capital global. Por ejemplo, volviendo a Rollins y su promesa de continuar con las deportaciones masivas, el mercado de la «seguridad nacional» alcanzó un valor de 568 mil millones de dólares en 2023 y se prevé que alcance el billón de dólares para la década de 2030. El complejo de detención de inmigrantes se multiplicó por veinte entre 1979 y 2024. CoreCivic y Geogroup, los dos principales centros de detención de inmigrantes privados con fines de lucro, gestionan la mayoría de más de 100 prisiones en todo el territorio estadounidense y también implementan programas de monitoreo electrónico. El capital financiero transnacional ha invertido fuertemente en ambos y en numerosas otras empresas privadas de «seguridad fronteriza». Ya de por sí monstruosa, bajo el régimen de Trump, la industria experimentará un crecimiento explosivo, que incluirá la duplicación del espacio de detención, 10,000 nuevos agentes del ICE y kilómetros de nuevo muro fronterizo y torres de vigilancia equipadas con inteligencia artificial.

Cuanto más se precipita la crisis del capitalismo global, más belicoso se torna, a medida que los Estados intentan externalizar las tensiones internas y convertir a los grupos vulnerables en chivos expiatorios. Los bloques de poder en los Estados se están reconfigurando en medio de feroces luchas internas entre élites rivales, profundamente divididas y cada vez más fragmentadas a medida que se desmorona la posguerra y se intensifica la confrontación geopolítica. La democracia, los derechos humanos y el derecho internacional son impedimentos. Desde Orbán en Hungría hasta Milei en Argentina, Erdogan en Turquía, Modi en India, Ruto en Kenia y muchos otros, el trumpismo se presenta como la variante estadounidense particular de un modelo transnacional de autoritarismo, populismo de extrema dere-

cha, dictadura y fascismo del siglo XXI que busca reestructurar profundamente el poder estatal para convertirlo en un instrumento más directo de dominación capitalista transnacional. La élite fascista construye ideologías y paradigmas para legitimar el impulso de exterminio que se ha apoderado del capitalismo global, simbolizado sobre todo por el genocidio en Gaza.

Esta Internacional del Fascismo está a la ofensiva, pero se enfrenta a contradicciones insolubles internas del capitalismo global en su momento de decadencia, así como a los obstáculos que plantea la resistencia masiva desde abajo. Los desposeídos han tomado por asalto el escenario global. La conciencia de clase está en auge. Un levantamiento popular en los barrios está contraatacando el terrorismo de ICE en el sur de California, desde donde escribo. Milei ha enfrentado varias huelgas generales y no puede reprimir las protestas masivas. El genocidio de Israel no ha cedido, pero la solidaridad con Palestina ha movilizado a millones de personas en todo el mundo. La juventud de Kenia se niega a rendirse al barbarismo. En los últimos 12 meses, han estallado no menos de 164 protestas importantes en más de 73 países de todos los continentes, según el Rastreador Global de Protestas del Carnegie Endowment for International Peace.

La correlación global de fuerzas políticas y de clase pende de un hilo. Quizás podamos —*debemos*— derrotar al fascismo, pero detrás de los fascistas se encuentra la dictadura del capital transnacional. Las clases populares y trabajadoras deben pasar de la defensa al ataque. Nuestra mejor defensa, y la única que puede salvarnos a largo plazo, es vincular la lucha contra la represión estatal y la amenaza del fascismo y el colapso ecológico a una lucha proletaria transnacional contra la CCT. Nunca ha sido más cierto que para las clases trabajadoras y populares el anticapitalismo es autodefensa.

[Fuente: **Rebelión**. William I. Robinson es profesor de Sociología de la Universidad de California en Santa Bárbara]

- 1. Existe traducción española del libro, publicada en 2023 bajo el título *Mano dura. El estado policial global, los nuevos fascismos y el capitalismo del siglo XXI* en la editorial Errata Naturae (Madrid). Traducción a cargo de Silvia Moreno Parrado. [↑](#)

- Notas
- Ensayo
- Biblioteca de Babel
- En la pantalla
- El extremista discreto
- ... Y la lírica
- De otras fuentes
- Documentos
- Foro de webs
- Páginas amigas

En el estado de Israel hay dos formas de convertirse en un judío antisionista. O bien uno abandona la tribu del sionismo porque ha sido testigo de un hecho consumado en nombre del sionismo tan horrendo que lo ha llevado a repensar la validez de la ideología que permitió tal brutalidad, o bien uno es un pensador por profesión o por inclinación que no cesa de evaluar y revisar los conceptos y preceptos del sionismo y gradualmente, ante tantas paradojas y absurdos internos, va virando hacia una posición vital más universal y mucho más antisionista.

ILAN PAPPÉ

